

—¿Para qué quiere V. M. adelantar el tiempo? ese mismo ánimo hará que V. M. se empeñe en destruir á sus enemigos, y el dia de su triunfo será completo.

—Quisiera yo que fuese hoy—dijo Cárlos mirando expresivamente á D^a Inés.

—Será el dia que V. M. quiera, porque en su mano tiene la fortuna.

—¿Cuándo escribiremos esa carta para mi hermano el príncipe?

—Cuando V. M. lo ordene.

—¿Esta noche?

—Esta noche.

—Bien, ¿quereis que salga á buscaros, ó preferís llegar á mi cámara?

—Como V. M. lo quiera; nada mas procurando, señor, que nadie lo advierta.

—Bien, en tal caso á la media noche estaré en el estanque de los peces, y si quereis seguirme, os llevaré á mi cámara.

—Estaré en el estanque de los peces.

—Perfectamente; ahora busquemos á vuestro padre y al duque, porque es tarde y me aguardan en mi cámara.

El rey y D^a Inés no tardaron en reunirse al duque y al marqués.

El duque dirigió una mirada de inteligencia á D^a Inés, que la dama le contestó, y tomada del brazo de su padre se retiró á sus habitaciones.

X.

De como D^a Inés preparó un gran cambio en la monarquía española, y de como el duque de Alburquerque conoció que habia perdido la partida y jugado para otro.



A noche habia tendido sus negras sombras, y en el real palacio y monasterio del Escorial reinaba el mas profundo silencio.

Parecia que todo el mundo estaba entregado al descanso y al sueño.

Sin embargo, el rey velaba en su cámara y D^a Inés de Medina en la suya.

Al rey acompañaba el duque de Alburquerque y á D^a Inés su padre el marqués de Rio-florido, y tanto el rey como la dama habian tenido necesidad aquella noche de confiar el secreto del dia.

—Precisamente á las doce tengo que estar en el estanque de los peces—decia D^a Inés á su padre—el rey me aguardará allí.

—Pero á esas horas ¿una jóven, una dama, una doncella recatada, una mujer principal? ¿crees que voy á consentirlo?

—Pues ved, señor, cómo ha de ser, porque de ser tiene;

el rey me espera y no creo que pueda ser cosa de hacer al rey una burla.

—¿Y crees que tu padre pueda á sabiendas dejarte asistir á la cita de un hombre en un jardin y en medio de la noche?

--Con una regla así tan general creo que tendríais razon, pero cuando ese hombre es el rey, y cuando precisamente no vá á tratarse de amores, aunque amores hay de por medio, la escepcion es clara.

—Y sin embargo, es peligrosa.

—En ese peligro estará la fortuna de nuestra casa, porque haríamos entrar al rey en nuestra casa misma.

A pesar de la indolencia que en materias de amor tenia el marqués, tratándose de su hija, todavía quiso hacer una objecion; quizá solo porque ella no comprendiese que cedaba tan fácilmente á la presencia de un gran interés.

—Pero, ¿y el honor?

—¿El honor?—contestó Inés conociendo el carácter de su padre y comprendiendo que no buscaba mas sino salir vencido—el honor no está siempre en eso que todos le llaman "honor," que quizá esto no sea sino una palabra vana: ¿si llegase yo á ser la dama del rey, habria alguien en la corte que no tuviese á mucha honra obtener uno solo de vuestros saludos, una sola palabra mia? mirad señor á Valenzuela, ¿quién habla de honor cuando todo el mundo sabe que es el galán de la reina? ¿qué cabeza queda cubierta en su presencia, á escepcion de la de S. M.? ¿Del poderoso ha sido siempre el honor, como del desvalido la desgracia?

El marqués calló era un modo de consentir sin decir nada; D^a Inés lanzó una mirada á un gran reloj de bolsa que habia encima de la mesa.

—Las doce van á dar—dijo levantándose—¿quereis acompañarme?

—¿Esto mas?

—Pero ¿cómo atravieso el jardin sola? ¿cómo me volveré despues?

—¿Qué dirá el rey mismo?

—No seré yo quien le cuente que vos me acompañais; creerá que es algun escudero, y no mas.

—Vamos—dijo el marqués.

Y tomando un sombrero y una capa salió siguiendo á D^a Inés, que se cubria cuidadosamente con un manto negro.

La noche era en extremo fria; un vientecillo helado moviendo las flores y los arbustos, levantaba un rumor lijero, y el agua que caia de los surtidores formaba un concierto monótono y triste.

El marqués y su hija se deslizaban como dos fantasmas.

El rey habia esperado con impaciencia la hora de la cita hablando con el duque de Alburquerque.

—Esta noche—habia dicho el rey Cárlos al duque—quiero que me acompañes; tengo un negocio, y solo tú me inspiras confianza.

—Estoy á las órdenes de V. M.: ¿á qué hora?

—Esta noche á las doce en el estanque de los peces una dama ha de estar allí, es preciso que nadie se encuentre por los corredores y habitaciones que desde aquí conducen al jardin, porque es seguro que ella vendrá aquí, y conviene que nadie la vea.

—Es prudente evitar que se conozca esa visita; yo arreglaré todo de manera que nadie la vea.

En aquellos tiempos ser el confidente de un monarca era

un gran honor para todos los nobles; esto los hacia poderosos, porque entonces jeneralmente la posicion de un hombre estaba fundada en el cariño de su rey y no en sus propios méritos.

Si esto no fuera una verdad, Colon no hubiera sufrido la desgracia, Cervantes no hubiera vivido en una bohardilla, Camouens no hubiera muerto en un hospital, mientras muchos nobles que apenas sabian poner sus nombres vivian en la opulencia y en el valimiento.

Ningun hombre vivia entonces de su pluma, mientras esa pluma no era un incensario en sus manos ó un soberano no tenia el capricho de mantener poetas y literatos, como un lord inglés tiene el de mantener en sus parques loros y monos como objetos de lujo.

El duque se compuso de manera que el rey pudiera entrar y salir á su habitacion sin ser visto, y á las doce de la noche salia acompañando al monarca silenciosamente.

Mil conjeturas hacia el duque sobre quién podia ser aquella dama, y aunque algunas veces el nombre de D^a Inés se presentó á su imaginacion, desechó aquella idea como un mal pensamiento.

En fin, poco tardaria en reconocerla, porque llegaban al lugar de la cita en el momento en que una dama y un caballero que la acompañaba se presentaron allí.

El rey al ver á la dama se separó del duque y avanzó á su encuentro; por su parte la dama hizo lo mismo, y los dos se reunieron.

—Oh!—pensó el duque—ya no me es posible reconocerla, pero con el hombre que la acompañaba saldré de dudas: secreto por secreto, me dirá el suyo por el mio.

Y se lanzó en seguimiento del marqués de Rio-florido

que se alejaba mientras el rey y la dama se volvian al palacio.

El marqués de Rio-florido caminaba pensativo, cuando creyó oír detrás de sí el ruido de alguien que le seguia; volvió el rostro y el duque estaba ya á pocos pasos.

El marqués le conoció, y como en la mañana le habia visto con el rey le creyó completamente en el secreto, y así le esperó tendiéndole la mano con toda la confianza de la complicidad.

—Señor duque—le dijo al llegar.

—¡Cómo!—esclamó el duque espantado reconociéndole —¿el marqués de Rio-florido?

—Servidor de vuesa merced; creia que ya vuesa merced me habia reconocido, porque si no me engaño, cuando vuesa merced llegaba con Su Majestad, llegaba yo con mi hija.

El duque se quedó espantado como si le hubiera hablado un muerto.

D^a Inés era la que caminaba con el rey; la misma que le habia jurado amor departia amorosamente con S. M., y él mismo era el que habia arreglado aquella entrevista.

El duque estaba por enfurecerse; le parecia que era lo natural en aquellos momentos.

Pero además de que hubiera sido inútil, el rival se encontraba á tanta elevacion que no se podia hacer otra cosa que evitar el ridículo de aquella aventura con el silencio y el secreto.

Todas estas reflexiones hizo instantáneamente y pudo contestar al marqués con la mayor calma:

—No, señor marqués; no habia tenido el honor de reconocer á vuesa merced hasta este momento, y por mi fé que

me alegro de encontrarle, porque departiendo será menos penoso para ambos el tiempo que tenemos que esperar tomando el fresco.

Y enlazando su brazo con el del marqués comenzaron una conversacion que no referiremos porque nada tenia de interesante.

El rey condujo á D^a Inés hasta su aposento y la ofreció un sitial: D^a Inés se sentó, y el rey se colocó á su lado, pasando uno de sus brazos al derredor del cuello de la dama.

—No puedo aún creer en mi dicha, D^a Inés; me parece imposible veros aquí, á mi lado: ¿me amais D^a Inés?

—Ya he dicho á V. M. que sí, pero es preciso que V. M. no olvide lo pactado; estoy aquí bajo la salvaguardia de su honor; esta cita, señor, recuérdelo V. M., no es amorosa, sino de negocios.

—Siempre los negocios, Inés; me fastidio: aún no he comenzado á reinar, y ya comienza á pesarme la corona; yo soy jóven y os amo; vos jóven y me amais; ¿creéis, Inés, que debemos perder el tiempo hablando de negocios, cuando nada deseo en el mundo sino veros en mis brazos?

—Pero, señor, ya sabeis el plazo que os he puesto, la condicion á que os habeis sujetado: cada uno tiene sus ideas; yo quiero que mi amante acabe de ser hombre para poder pertenecerle sin temor.

—¿Y qué ganará con eso nuestro amor?

—Seguridad, señor: suponga V. M. que alguien me ha visto entrar á la cámara.

—Eso es imposible: todas las medidas han sido tomadas.

—Bien, por esta noche, pero como supongo que no será esta mi última visita á V. M.....

D^a Inés lanzó al rey una mirada verdaderamente provocativa.

Cárlos estrechó con pasion sobre su pecho la cabeza de la jóven.

—Como creo—continuó D^a Inés—que estas visitas se repetirán á menudo, si llegara alguien á saberlo, darian parte á la reina mi señora, y nada le seria más fácil á Valenzuela que desterrarme de la España inmediatamente.

—¡Oh! se cuidaria muy bien; yo soy el rey.

—Todavía no, señor; todavía no; V. M. es aún el pupilo de Valenzuela y los pupilos no pueden tener una dama si á ello se opondrá su tutor.....

—Pero, Inés.

—Y yo quiero que V. M. sea el rey y por eso le he aconsejado que llame á su hermano el príncipe D. Juan.

—Bien, escribid—dijo violentamente escitado el rey—escribid.

D^a Inés, sin hacerse esperar queriendo aprovechar el momento, se acercó á la mesa tomó un papel y se puso á escribir al príncipe la carta que debia firmar el rey.

Entretanto, el duque casi tiritando de frio se paseaba en el jardin con el marqués hablando de una cosa y pensando en otra.

La escena que el duque se figuraba, era tan diversa de la que realmente tenia lugar en el aposento del rey, que si hubiera podido observar por la cerradura se habria reido de sus temores.

Pero como nada sabia, el duque estaba como loco.